

ce sonreír á los espíritus fuertes que creen haber aplastado á los demonios bajo el peso de su vanidosa ciencia.”

“Negando la acción de los malos espíritus, creen haber encontrado una novedad: se engañan.”

“Los epicúreos del judaísmo y del politeísmo, los han precedido hace mucho tiempo.

“Sus sarcasmos ligeramente han pesado sobre la creencia del género humano: juzgo que el desprecio soberbio de nuestros contemporáneos, no ha de tener mejor fortuna.”

“La tradición sobre la existencia de los ángeles malos está hecha, y su autoridad es demasiado imponente para que, puedan destruirla los negadores que la rechazan.”

“Si los espíritus existen, ¿puede rehusárseles la libertad?

“Si son libres, ¿por qué no creer en su caída?”

“Si hay espíritus caídos, ¿porqué no podrán hacer uso de su poder maligno?”

Por haberlo manifestado en diversas épocas, los pueblos los han adorado bajo los nombres de *divinidades crueles, funestas y sin piedad.*

Por eso mismo, los filósofos más sensatos han

confesado su existencia y descrito su papel en el mundo.

San Pablo, el filósofo del cristianismo, de acuerdo con la historia religiosa de todos los pueblos, y con el genio de Platón y Aristóteles, ha dicho: “No tenemos que luchar solamente contra la carne y la sangre, sino también contra los principados y las potestades, contra los reyes invisibles de este mundo tenebroso, contra los espíritus de malicia esparcidos en el aire.”

La caída de los ángeles podía no ser en el origen de las cosas, más que una sombra providencial, destinada á poner de resalto los esplendores de nuestra fidelidad.

Se ha hecho, sin embargo, el prólogo del drama de nuestra caída: tiempo es de volver á su estudio.

#### LA CAIDA DE ADAN.

El primer hombre, adornado con los espléndidos privilegios de la naturaleza y con los incomparables dones de la gracia, vivía sumergido, por decirlo así, en las delicias del Edén, en íntima y no

interrumpida comunicación con Dios y hablando con los ángeles.

Estaba sometido á la observancia de un precepto: Dios había intimado á Adán y á la dulce compañera de su vida que no tocasen el fruto de un árbol, que hermoso se levantaba en aquella mansión de auras embalsamadas y de flores bellísimas.

Nada podía impulsar, á los moradores dichosos de aquel sitio, á infringir el divino precepto: sus cuerpos estaban dulcemente sometidos á las inspiraciones de su inteligencia, su razón estaba sujeta, sin esfuerzos ni violencias, á la voluntad del Creador, que les amaba con las ternuras de una madre cariñosa.

Pero, en el plan divino, es regla invariable que los seres superiores obren sobre los inferiores.

Así es que, el mundo invisible, los ángeles que en él habitan, tenían que hacer sentir su influencia sobre el mundo visible, destinado para Adán y para todos sus hijos.

El mundo angélico se había dividido: parte de los ángeles fueron confirmados en la gracia; otra parte, rebelde y altiva, cayó de las regiones de la luz en que debía vivir para siempre.

Los ángeles buenos hacían sentir sobre el hombre su influencia bienhechora, afirmaban sus pasos en el camino de la felicidad eterna: los malos tenían que conspirar para precipitarlo y perderlo.

Los ángeles malos, á quienes había perdido la soberbia, sufrían las angustias de la envidia.

No podían resignarse á que el Verbo se hiciera hombre, no podían tolerar, digamos así, que la naturaleza humana, inferior á la angélica, se divinizará con la Encarnación del Verbo.

Si después de su caída odiaban al Eterno, no era menos el odio que abrigaban con respeto al hombre.

Lucifer se propone tentarlo y perderlo: Dios lo permite.

En esta permisión de Dios nada hay de inconveniente: ninguna criatura, por poderosa que sea, puede perjudicar al rey del mundo contra su voluntad.

La Providencia concede á todos los seres lo que les conviene, según su naturaleza, porque no es propio de ella perder á los seres, sino salvarlos.

“Tuvo, pues, el primer hombre, dice el P. Monsabré, el poder de resistir á la tentación, y este poder, más fuerte entonces de lo que es hoy, debía,

en los designios de Dios, acrecentar, por su victoria, los méritos de nuestro primer padre y engrandecerlo sin duda. No es, por lo mismo, de admirarse que éntre en escena el ángel caído: la Providencia lo llama y su propia perversidad lo empuja.

Llega, en efecto, al Edén: la serpiente, dice el Génesis, era el más astuto de todos los vivientes salidos de la mano de Dios.

Es decir, el maligno espíritu envileció su naturaleza, bella todavía, aun en el crimen y en el infortunio, hasta tomar el cuerpo de un animal.

Y era, hasta cierto punto, como necesario que, para realizar su empresa, tomase una forma sensible.

El demonio tienta hoy por sugestión: en el primer hombre, antes de que pecara, no tenía poder el ángel de las tinieblas para impulsarlo al mal por medio de un ataque interior: era preciso que lo tentara exteriormente.

“Por otra parte, si hubiera manifestado su presencia, dice el P. Monsabré, por una aparición en armonía con su naturaleza deshonrada, al ver su triste hermosura herida por los rayos del cielo, habrían adivinado al enemigo aquellos á quienes él quería sorprender.”

Así es que el demonio, por medio de una serpiente verdadera y natural, de la cual se valió como de un instrumento para formar voces semejantes á las humanas, fué quien tentó á Eva.

“Por la envidia del diablo, dice el Libro de la Sabiduría, entró la muerte en el mundo.”

“El diablo, dice San Juan, fué homicida desde el principio.”

En consecuencia, según la palabra divina, que para los cristianos es infalible, Lucifer ha sido el autor de la primera tentación.

Además, aquella tentación se realizó hablando la serpiente á Eva y Eva respondiendo: este diálogo no podía verificarse sino entre seres inteligentes; Eva lo era y la serpiente no: la serpiente, entonces, tenía que ser el instrumento ó de un hombre ó de un ángel, porque sólo estas dos clases de seres son inteligentes entre los seres creados: el hombre no podía ser el autor de la tentación, porque no había otro más que Adán, y aun cuando hubiera habido otro hombre, no habría podido formar voces por medio de la serpiente, como ningún hombre ha podido hacerlo en el curso de los siglos.

Preciso es, de consiguiente, que el autor de la

tentación haya sido un ángel: no podía serlo un ángel bueno: fué, pues, el ángel malo quien tentó á Eva.

Y la serpiente de que se valió, para realizar la tentación, fué una serpiente verdadera.

El texto del Génesis no deja lugar á duda: "la serpiente, dice la frase de Moisés, era el más astuto de todos los animales que Dios había creado."

Esta comparación de la serpiente, con otros animales, sería inepta por completo, si por serpiente se entendiera el diablo ó una serpiente fingida.

"Serás maldita, dice también el Génesis, entre todos los animales y bestias de la tierra."

Esto manifiesta abiertamente, que la serpiente, á la que se le dirigen estas palabras, era del número de los animales que había en el mundo.

"Te arrastrarás sobre tu pecho y comerás tierra," agrega el texto del Génesis.

Esto no puede convenir, sino á una serpiente natural y verdadera.

Alguno podría decir que la serpiente no era el más astuto de los animales, y de aquí inferir que no se trata en este pasaje de Moisés, de una serpiente verdadera.

Se le llamó astuta, por el demonio que de ella se valía, como se llama dolosa á la lengua, no porque ella tenga dolo, sino porque la mueve una inteligencia dolosa.

Además, la serpiente es astuta, para dañar insidiosamente y para conservarse incólume: por eso Cristo decía: "sed prudentes, como las serpientes."

Si una serpiente verdadera, hubiera hablado á Eva, ésta, sin duda, se hubiera horrorizado, y, turbada, hubiera huído.

Esta observación podría inducirnos á creer que no fué una serpiente verdadera la que habló á la madre del género humano.

Pero no podía haber temor ninguno en Eva, porque todos los animales estaban sujetos á los primogenitores de la raza humana, y no podían dañarlos.

El que la serpiente hablara, no podía causar extrañeza á Eva; pudo muy bien juzgar que esto se hacía por algún espíritu, sin reflexionar si ese espíritu era bueno ó era malo.

Aunque los ángeles, cuando aparecen y hablan á los hombres, no se valen generalmente de cuer-

pos verdaderos y naturales, no carecen de poder para servirse de ellos.

Un ángel bueno, según refiere la Escritura, se valió de un asno de Balán, para formar voces semejantes á las humanas: según la narración de Moisés, el ángel malo se valió de la serpiente para tentar á Eva.

¿Pero cómo permitió Dios la tentación de los padres del género humano, sabiendo, como sabía, que habían de caer en ella?

“Si tal pregunta se hace, dice San Agustín respondo que no puedo penetrar la profundidad de ese designio de Dios, y confieso que es superior á mis fuerzas.”

Puede, sin embargo, decirse, que si Dios permitió la tentación, fué para manifestar su omnipotencia que es tan grande, que del mismo mal se saca bien, su justicia castigando y su misericordia concediendo el perdón.

Permitió la tentación, porque es propio de su Providencia dejar á todos los seres con las tendencias propias de su naturaleza y permitir, por lo mismo, que los hombres, dotados de libre arbitrio, puedan libremente ceder ó resistir á la tentación.

En fin, permitió la tentación para manifestar

al hombre su pequeñez, para darle á conocer lo que puede ser el libre arbitrio aun cuando esté ayudado por la gracia.

El tentador se dirige á la mujer: menos inteligente que el hombre, puede hacerse más fácilmente vana y orgullosa: formada de la substancia misma del hombre tiene sobre su corazón un poder misterioso: el camino era seguro para alcanzar la victoria.

Tienta á Eva, preguntando: esta es la manera más segura de tentar á una alma.

“La interrogación, decía el P. Lacordair, es el arte de poner en duda lo que existe.”

El ángel tentador, al preguntar, no pone en duda la autoridad de Dios, sino el objeto de la prueba.

Es como si hubiera preguntado: es seria la prohibición, que Dios os ha hecho, de no comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal.

El árbol de la prueba parece á primera vista un juego inconveniente de la omnipotencia divina; pero basta un poco de buen sentido para ver que no es así.

“El hombre, dice el P. Monsabré, espíritu y cuer-

po, une inseparablemente en todas sus operaciones, los dos elementos de su naturaleza y siente la necesidad de referir á signos todo lo que hay en él de más inmaterial: el pensamiento, los sentimientos, el deber. Necesita, si debe ser probado, que la prueba se dirija á toda su naturaleza, que tenga en el objeto de esta prueba un signo que hable á los sentidos y represente al espíritu la autoridad de una voluntad superior que impone sus órdenes. Importa poco que este signo sea una cosa grande ó una cosa pequeña, con tal que exprese una idea digna de Dios.

Por ventura ¿os fijais en la materia, en la forma, en el color del poste ó del lindero que indica los límites de un campo?

“Que sean de madera ó de piedra, redondos ó cuadrados, blancos ó negros, continúa el P. Monsabré, vuestra honradez desdeña estos detalles pueriles, y no ve, en estos vulgares objetos, más que el derecho del propietario y la santa majestad de la ley.”

Si alguno intenta violarlos, ellos mismos harán escuchar las amenazas de la justicia.

Ya se ve, cómo el ángel malo fué el autor de la tentación, cómo el instrumento de ella fué

una serpiente natural, y cómo, bajo la forma de una pregunta, tendía el ángel de las tinieblas á precipitar á la madre del género humano en el abismo de una infracción del precepto divino.

—

No fué indigno, decíamos, de la Majestad Divina, escoger un árbol del Paraíso para encarnar en él, por decirlo así, una prohibición y constituirlo en un instrumento que sirviera para probar la obediencia de los felices moradores de aquel sitio delicioso.

No es, decíamos, la materia ó la forma de un signo lo que le da valor y eficacia: su fuerza y su importancia derivan de lo que ese signo representa.

“El tronco del árbol seco, dice el P. Monsabré, que encontraron un día los soldados romanos y sobre el cual pusieron otro leño atravesado para clavar allí á un hombre que acababan de condenar los tribunales civiles y religiosos, aunque es un madero muerto, la humanidad toda le llama la cruz santa, la cruz venerable, la cruz preciosa, el estandarte del Rey de los Reyes.”

Se le saluda con amor y con gratitud; si se recoge de él una pequeña partícula, se le engasta en oro y en plata, y temblando la aproximamos á nuestro corazón y á nuestros labios.

Nada más vil que ese árbol muerto.

¿Cuál es, entonces, el misterio de esos homenajes?

Es que no se rinden al madero, sino á la sangre con que fué teñido y al infinito amor que hay en esa sangre.

Adoramos la cruz, porque Cristo, hijo verdadero de Dios, muriendo por nuestra salvación, puso todo su amor en ese árbol.

El árbol de la prueba es el equivalente del árbol de la cruz, con la diferencia de que éste es un madero muerto, mientras que aquél era un madero vivo y fértil.

Plantado en medio del Paraíso, sus raíces se nutrían de los ríos sagrados, levantaba hacia el cielo su magnífico tallo, y dejaba caer de todos lados sus ramas cargadas de frutos deliciosos, impregnados de virtud celeste.

El madero muerto, y el madero vivo, son los dos signos de Dios.

En el uno, ha inoculado, al expirar, su incon-

mensurable misericordia; en el otro, puso, al promulgar su precepto, su autoridad sin medida.

Si tocamos con mano profana y sacrílega, el árbol de la salud, ofendemos el amor de Dios Redentor; si cortamos con temeraria mano, el fruto del árbol de la prueba, ofendemos la santa majestad de Dios, dueño y señor de todas las cosas.

Si no fué indigno de la majestad del Altísimo, dejar en un madero el testimonio sublime de su amor infinito, si la humanidad entera en todos los países y en todos los siglos, inclina su frente ante ese tronco inerte y sin vida, no puede decirse que fuera impropio de la grandeza del Señor, vincular en otro árbol un precepto divino, hacer de él un signo de su inmensa soberanía.

Cuando el ángel del mal tentó á la mujer, preguntándole, ella, reconociendo la autoridad y la sabiduría del Creador al establecer su precepto, respondió sencillamente: comemos de todos los frutos del Paraíso, mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, el Señor nos ordenó que no lo comiéramos, ni lo tocásemos, no fuera á ser que muriésemos.

El tentador niega resueltamente la sanción: "nada de eso, dice á Eva, no moriréis."

‘Una inteligencia, dice el P. Monsabré, como la de nuestros primeros padres, firme, ilustrada, señora de sí misma, no se deja turbar tan fácilmente: la negación le repugna, si no encuentra inmediatamente creencias firmes en lugar de aquellas que se niegan.’

El espíritu de la mentira sintió esta exigencia del entendimiento humano, y entonces dice: no moriréis, porque Dios sabe que el día en que hubiéseris comido de este fruto, vuestros ojos se abrirían y seríais como dioses, conocedores del bien y del mal.

Lucifer recuerda que la contemplación de su propia excelencia le hizo caer del cielo: comprende que en una creatura perfecta, lo que debe atacarse, es la cima del espíritu.

*Seréis como dioses:* ante esta palabra, el orgullo se despierta en el alma inocente de nuestra madre, y, aun cuando ella no se lisonjea con la absurda esperanza de igualar en naturaleza á Dios, cree que va á encontrar en sí misma la fuente de toda verdad, la ley de la vida, los secretos del porvenir y el poder de llegar á la felicidad suprema, á la cual aspira.

Este, y no otro, ha tenido que ser el primer

pecado de los primogenitores del género humano: un pecado de soberbia.

En el hombre, para todos sus actos buenos ó malos, hay un movimiento interior del alma, y después un acto exterior del cuerpo.

Donde primero se encuentre el desorden, allí se encontrará el primer pecado.

En un acto malo, el desorden debe aparecer primero en el movimiento interior del alma, y después en el acto exterior del cuerpo.

“Por eso, dice San Agustín, que no se pierda la santidad del cuerpo, si permanece la santidad del alma.”

Así es que, el primer desorden ha debido verificarse en el alma de la mujer.

“Entre los movimientos interiores del alma, dice Santo Tomás, se mueve primero el deseo del fin, que el deseo de aquello que se necesita para conseguir el fin.”

El primer pecado del hombre estuvo, de consiguiente, donde puede estar el primer deseo de un fin desordenado.

El hombre, creado en estado de inocencia, tenía la materia sujeta al espíritu.

Entonces, el primer desorden del deseo huma-



mano, no pudo estar en apetecer algún bien sensible, hacia el cual tendiera la concupiscencia traspassando el dictamen ó el ordenamiento de la razón.

Tenía, pues, que aparecer el desorden en el deseo de algún bien espiritual, apetecido desordenadamente.

Apetecer un bien espiritual, según la medida fijada por la regla divina, no es apetecer una cosa desordenadamente.

Claro es, entonces, que el primer pecado del hombre, consistió en apetecer algún bien espiritual por sus propias fuerzas, y esto es soberbia.

Apeteció, como el tentador le indicara, ser semejante á Dios.

Ser semejante á Dios, según la misma naturaleza de cada ser, no es un desorden.

La semejanza de la creatura con Dios, está impresa en ella desde el momento de su creación.

Así, en el Génesis, se dice que el hombre fué hecho á la *semejanza* y á la *imagen* de Dios.

Y del ángel, dice Ezequiel, que es un signo de la *semejanza* divina.

Puede haber semejanza con Dios, en cuanto al conocimiento, y ésta la recibió el ángel en su

creación; y por eso el mismo Ezequiel, después de decir que el ángel es un signo de la semejanza divina, agrega: *Ueno de sabiduría*

“El hombre recibió también esta semejanza en su creación, pero en acto, y no en potencia.”

Puede haber, en fin, semejanza con Dios, por lo que toca al poder de obrar: esta no la tuvieron ni el ángel ni el hombre, en el acto de la creación: uno y otro tenían que obrar para llegar á la bienaventuranza.

El hombre y el ángel, cuando desearon desordenadamente la semejanza divina, no pecaron al desear esa semejanza según la naturaleza.

Pero sí pecó el hombre, principalmente, deseando la semejanza de Dios en cuanto á la ciencia del bien y del mal, á saber, creyendo que por la propia virtud de su naturaleza, podía, para obrar, establecer qué cosa era buena y qué cosa era mala, y pecó secundariamente deseando la semejanza de Dios al creer que, también por virtud de su propia naturaleza, podía obrar para conseguir la felicidad.

Pretender ser semejante á Dios, ha sido el primer pecado: esto no es una extravagancia.

“La palabra del ángel caído, *seréis como dioses*,

ha atravesado los siglos, dice el P. Monsabré, levantando por todas partes tempestades de soberbia: todas las generaciones han quedado turbadas y la nuestra no le cede á ninguna en insensatas agitaciones.”

*Seréis como dioses:* alhagados con esta idea, unos confunden sistemáticamente todos los seres en una sustancia única, para tomar de este modo su parte en lo infinito: otros quieren que la razón rechace la inspiración de un espíritu superior y que saque indefinidamente de su propio ser todos los conocimientos por medio de los cuales ha de construir algún día la síntesis de la verdad. El sabio se imagina que va á sorprender los secretos del universo, á apoderarse de las fuerzas de la naturaleza y á someterlas á su voluntad después de haberlas sujetado á sus cálculos.

Los hombres de poder no creen más que en su derecho, y pretenden gobernar las conciencias, como administran los negocios públicos.

Los pueblos mismos, cansados de la honesta obscuridad de una vida laboriosa, lisonjeados por los pontífices de la revolución, esperan hacerse bien pronto los dueños absolutos de sus destinos.

‘En una palabra, concluye el P. Monsabré, no querer encontrar más que en sí y por sí lo que es necesario creer y lo que es necesario hacer para ser felices y perfectos, ¿no es la locura de nuestro orgullo?’

Eva tomó el fruto y lo comió: invita á Adán, y Adán lo come.

El precepto de Dios quedó infringido: la culpa quedó consumada.

En este momento la tierra tembló hasta en el fondo de sus entrañas, la naturaleza, que ya se había quejado por la culpa de Eva, lanza un segundo gemido, el cielo se oscurece, truena el rayo, grandes gotas cayeron, como tristes lágrimas sobre la tierra deshonrada.

El drama quedó desenlazado.

La pena se hace sentir: los primeros pecadores tenían que sentir las angustias de la muerte.

Desde aquel instante quedó en ellos muerta la gracia que vivificaba su naturaleza; muerto el entendimiento que veía sin sombras la verdad y el bien; muerto el libre albedrío que dominaba los sentidos y los apetitos desordenados; muerto el santo pudor que no veía en la armonía de las formas más que la casta belleza de la carne.

Cayó la maldición sobre el espíritu tentador sobre Eva y sobre Adán; y hasta hoy la mujer da, á luz en medio de indecibles dolores, y el hombre no recoge los frutos de la tierra, sino después de haber gastado sus energías, cavándola día por día y regándola con el sudor de su frente.

Adán y Eva, al pecar, perdieron todo, pero había tanta savia en su joven naturaleza, que no comprendían la extensión de su castigo.

¿Qué es la muerte? se preguntaban.

Veían, con sus ojos entristecidos, que las hojas caían de los árboles y se secaban: escuchaban con espanto las quejas de los animales moribundos, y contemplaban después, con terror, sus cuerpos sin movimiento.

¿Es esta la muerte? preguntaba Eva: puede ser, respondía Adán.

Un día, la madre del género humano vió á sus piés el cuerpo ensangrentado de su hijo: quedó helada de espanto y estalló en gemidos.

Abel, ni abría los ojos, ni de sus labios se desprendía una palabra, no tenía respiración, estaba insensible y frío.

He aquí la muerte, dijo Adán.

#### EL PECADO ORIGINAL.

El jefe del humano linaje se apartó, al fin, de la senda que el Creador le trazara: á la insinuante invitación de la compañera de su vida, infringió el precepto divino.

Su prevaricación hizo que sobre él cayera la justicia de Dios, y que perdiera la justicia sobrenatural en que había sido creado.

Al perder la justicia original, perdió los dones gratuitos que de ella derivan: acabó el imperio absoluto del alma sobre los apetitos de la carne; desapareció la fuerza para resistir la acción de las causas que engendran la descomposición del cuerpo.

La ignorancia, la concupiscencia, el sufrimiento, la muerte y la vergonzosa esclavitud de la naturaleza, bajo el poder del espíritu del mal, es lo que queda desgraciadamente al padre de la humanidad.

Adán cayó.

Pero su caída, ¿es un hecho personal?

No, ciertamente: el padre de los hombres arras-